

Chile y sus Perspectivas Geográficas frente al Pacífico y La Antártica

RICARDO RIESCO

Universidad Católica de Chile

RESUMEN

Por su situación geográfica, Chile está llamado a desempeñar un rol protagónico en las dos tareas fundamentales geográfico-políticas a que se abocará la humanidad hasta fines del presente siglo. Estas son la incorporación del Océano Pacífico y la conquista del Continente Antártico.

Se analizan distintos fundamentos geográficos sobre los cuales el país puede basar y proyectar su acción futura en relación a esta tarea, realzando asimismo las implicancias negativas que ellos paralelamente conllevan.

Se destaca la débil relación de dependencia mutua existente desde el punto de vista geográfico entre el Océano Pacífico y sus países ribereños. La configuración de las 200 millas marinas constituye un elemento capaz de generar un lazo de unión entre el ámbito marítimo y continental, mientras que la incorporación de la navegación de la ruta polar austral permite consolidar la soberanía chilena sobre la Antártica.

ZUSAMMENFASSUNG

Seiner geographischen Lage wegen ist Chile berufen, eine entscheidende Rolle in den zwei massgebenden politisch-geographischen Aufgaben zu spielen, welche die Menschheit bis Ende des Jahrhunderts zu lösen hat. Es sind die Eingliederung des Pazifischen Ozeans und die Eroberung des Antarktischen Kontinents.

Untersucht werden verschiedene geographische Voraussetzungen, auf die sich das Land berufen kann, um seine künftige Tätigkeit im Hinblick auf die genannte Aufgabe zu orientieren. Dabei wird auch die Aufmerksamkeit auf ihre negativen Einwirkungen gelenkt.

Herausgearbeitet wird das geographisch schwache gegenseitige Abhängigkeitsverhältnis vom Pazifischen Ozean zu seinen Anliegerstaaten. Die Gestalt der 200 Seemeilen kann als ein Verbindungsglied zwischen See und Kontinent angesehen werden, während die Erschliessung der australen Polarroute die Hoheitsrechte Chiles auf die Antarktis verstärkt.

Introducción

El presente decenio encontrará a la humanidad abocada a probablemente las dos últimas y fundamentales tareas geográfico-políticas que le restan para entronizar su dominio generalizado sobre el planeta. Ellas son la incorporación del Océano Pacífico —la unidad homogénea más grande de la Tierra— y la del Continente Antártico con una superficie de 14 millones de kilómetros cuadrados.

Por su situación geográfica, Chile está llamado a desempeñar un rol protagónico en esta obra, y por consideraciones histórico-políticas debe en este período consolidar su presencia soberana en territorios que, a la luz de nuevas tecnologías hoy día previsibles, pondrán a disposición decisivas potencialidades estratégicas y cuantiosos recursos naturales.

¿Sobre qué fundamentos geográfico y geográfico-políticos puede apoyar Chile adicionalmente su soberanía y consolidar su presencia en estas unidades?

La respuesta que la geografía puede esgrimir frente a esta interrogante adquiere un significado particularmente sustancial en el caso chileno. Por

consideraciones terrestres orográficas Chile tiene una importancia y destino natural de país montañoso, mientras que paralelamente su población presiente también una acentuada vocación marítima. Sin embargo, no se impone ni lo uno ni lo otro. Reina en su población, por el contrario, una mentalidad de habitantes de fondo de valle, de espacios planos y amplios, que es esencialmente ajena a la realidad geográfica imperante, pero que guarda estrecha relación con la concepción de la ocupación del espacio que el conquistador hispano traspasa a América. Mientras el territorio marítimo nacional tiene una superficie equivalente a más del doble de aquella de Chile continental, el ecumene de más del 95% de su población se limita solamente al piso altitudinal comprendido entre los 0 y 600 metros de altura.

Pretender centrar el problema geográficamente equivale a preguntar por las relaciones espaciales permanentes que rigen una determinada situación y poner de manifiesto aquellas bases geográficas sobre las cuales se pueda asentar toda acción futura. La geografía tiene, como ciencia, otra dimensión temporal que la historia. Los hechos geográficos perduran, subyacen en el tiempo a los

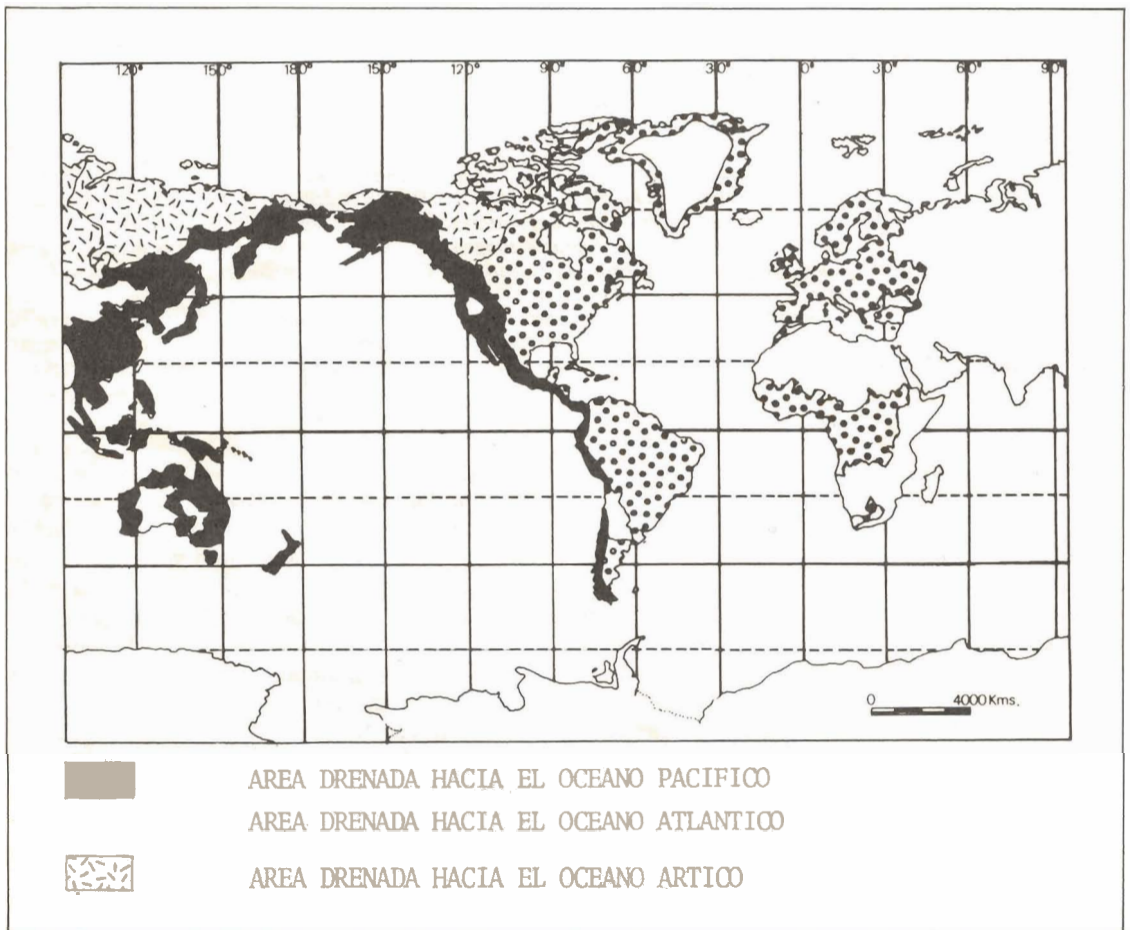
históricos. Las diversas circunstancias temporales históricas acentúan o disminuyen —incluso a veces revelan— elementos geográficos que, sin embargo, ya están insertos o ya forman parte constitutiva del escenario espacial de la humanidad. Se intenta a continuación destacar algunos de estos elementos geográficos permanentes.

Proyección de Chile en el Océano Pacífico

Es materia propia de la geografía de los mares la pregunta por la relación recíproca de interdependencia entre los océanos y los continentes, es decir, por vínculos que se desarrollen en forma permanente y que den lugar a alguna modalidad de connotación espacial entre estos dos ámbitos

vitales. Ningún país es, por definición, automática y necesariamente marítimo por el solo hecho de tener costas. La penetración oceánica en los continentes se refleja, además, en una presencia visible del mar en ellos.

El Océano Pacífico tiene una superficie equivalente a 180 millones de kilómetros cuadrados, que corresponde al 35% de toda la superficie del globo terrestre y que concuerda, además, con la superficie total de los océanos Atlántico e Índico sumados. Sin embargo, drena aproximadamente sólo el 14% (1/7) de las tierras emergidas del planeta. En comparación, el Océano Atlántico, con una superficie equivalente a menos de la mitad de la del Océano Pacífico, drena más de la mitad de las tierras emergidas.



El mapa muestra que la línea divisoria de aguas que delimita la cuenca hidrográfica pacífica sobre los continentes se encuentra muy próxima a la línea de costa. En el continente nor y sudamericano esta asimetría en la ubicación es particularmente evidente. Mientras la divisoria de aguas dista alrededor de 200 kms. de la costa pacífica, la

distancia entre ese punto y el litoral atlántico es superior a 4.000 kms.

Esta característica se diluye sin embargo, en el sector del sudeste asiático, donde sí existen —como única excepción en la cuenca pacífica— ríos navegables que se adentran profundamente en el continente, como por ejemplo los ríos Jangtse-

kiang, Hwangho, Mekong. Sin duda, la vocación marítima de los pueblos navegantes de este sector se fundamenta, en buena medida, en esta realidad geográfica que está ausente en toda la vertiente pacífica americana. Esta situación tiene, como se verá más adelante, una implicancia primordial ante la eventual concreción de la idea de una comunidad oceánica pacífica.

Es precisamente esta característica de poca penetración continental, especialmente en su vertiente occidental, la que explica, en una parte sustancial, el carácter centripetal de este océano. La ausencia de penetración continental determina que el Pacífico esté orientado a que todos sus movimientos sean dirigidos hacia su interior, imponiéndole de tal modo una marcada connotación centripetal. Es, por consiguiente, una unidad de paisaje sin lococonexión que, teniendo en consideración adicionalmente sus dimensiones y su magnitud, da lugar a una unidad geográfica independiente y autosoportante. Por otro lado, este Océano ha sido históricamente —y en la actualidad continúa siéndolo en gran medida— un área con una débil y en el tiempo discontinua ocupación humano-poblacional si lo comparamos, por ejemplo, con el Océano Atlántico.

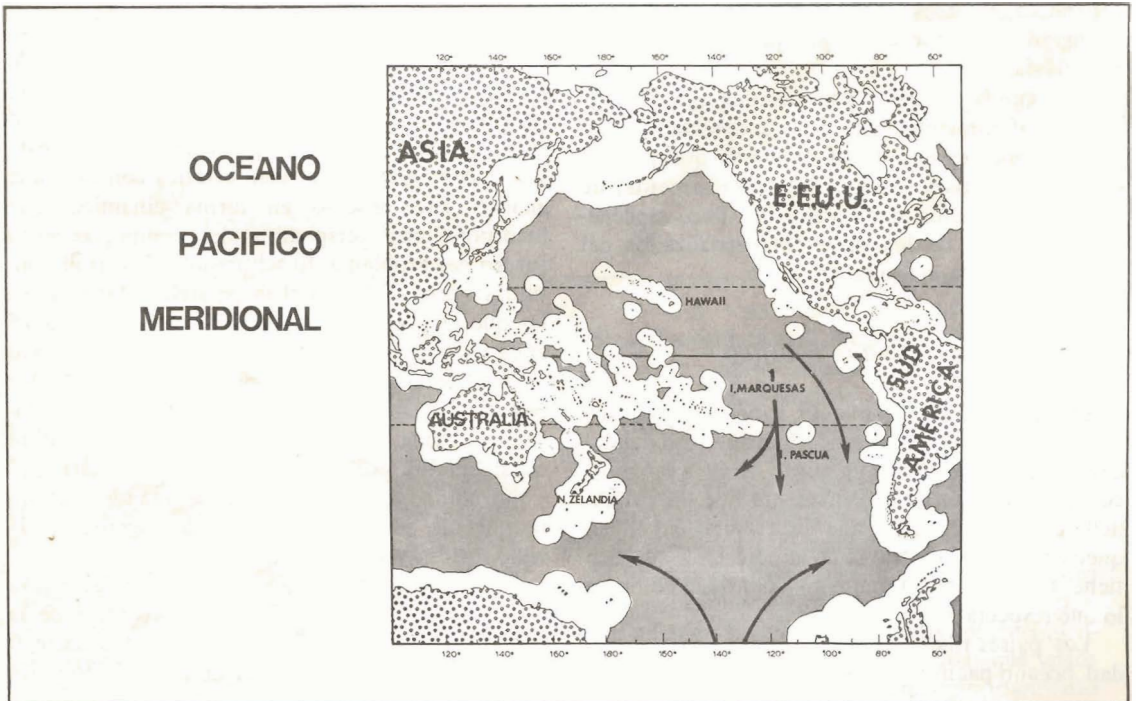
El segundo factor que acrecienta este singular carácter centripetal es la dimensión de esta unidad homogénea, la más extensa del planeta. El Pacífico es capaz de contener dentro de sus límites la totalidad de la superficie de las tierras emergidas del globo, quedando incluso un resto de 30 millones de kilómetros cuadrados sin ocupar. Esta

superficie sobrante es equivalente, aproximadamente, a la del continente africano. Precisamente apoyándose en este doble carácter centripetal del Pacífico, un ilustre geógrafo sostenía, a fines del siglo XIX, que en el futuro sería una empresa ardua y dificultosa para los países ribereños penetrar, incorporar y subyugar a este océano, que, por su connotación geográfica, podía llegar a constituir un elemento que probablemente separa más de lo que unía. Este vaticinio ha soportado el embate del tiempo y mantiene gran validez hasta la actualidad.

Configuración del trazado de las 200 millas en el Océano Pacífico

La configuración que adquiere el trazado de las 200 millas en el Océano Pacífico constituye un elemento fundamental de geografía política, en el cual el país debe basar su presencia y consolidar su dominio, en la parte que le corresponde, en la comunidad oceánica pacífica.

La configuración de este trazado está representada en una proyección Mercator centrada en el Océano Pacífico. Ella evidencia que se origina un eje de penetración a que dan lugar las 200 millas marinas y que parte desde la vertiente pacífica oriental hacia la vertiente americana en las latitudes tropicales y tropicales marginales del Pacífico Sur. Este eje concuerda en latitud con la penetración de las 200 millas que se configura a partir de la vertiente pacífica chilena, por efecto del archipiélago de Juan Fernández y de la Isla de Pascua.



Esto significa que se logra quebrar, a la altura aproximada del trópico de Capricornio, la continuidad del Océano Pacífico por intercesión de una barrera de mar, llamada aquí laxamente "jurisdiccional". Las deliberaciones de las Conferencias de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar dejan entrever ya el reconocimiento generalizado de la soberanía y jurisdicción del estado ribereño sobre la zona económica de 200 millas.

La situación planteada en estos términos tiene insospechadas proyecciones geopolíticas para el país. Es así como todo el sector que se ubica al sur de este cinturón —el llamado Océano Pacífico Meridional— si bien conserva en teoría el carácter de aguas internacionales, en la práctica el acceso, el control, su tutela, por lo menos en términos de explotación económica, está dada por Chile y los países situados en igual latitud en la vertiente oriental. Estos países son Nueva Zelanda, Australia, Fidji y lo que se engloba, para estos efectos, bajo las islas del archipiélago de Tuamotu, es decir, aquellos países que conforman el llamado grupo de países del Pacífico Sur.

El mapa revela que el trazado de las 200 millas da lugar a que se originen dos estrechos de "mar internacional" para acceder al Océano Pacífico Meridional. Se forman entre el archipiélago de Juan Fernández y la Isla de Pascua, y entre esta última y las islas Marquesas. Sin embargo, sabido es, por otra parte, que los puertos, estrechos y canales, es decir, los puntos nodales, son estratégicamente los más vulnerables. Sin embargo, los dos estrechos que se configuran a raíz del trazado de las 200 millas son estrechos sin connotación geográfica; en otros términos, sin una explicitación topográfica y, por ende, sin una vulnerabilidad manifiesta.

La segunda perspectiva geopolítica que determina la configuración de este eje transversal de mar jurisdiccional es el control potencial que pueden ejercer los países enumerados anteriormente, de toda la proyección del océano Pacífico, especialmente aquella de los países industrializados del hemisferio norte, hacia la Antártica.

Poblamiento del Océano Pacífico

El dominio de un pueblo sobre los espacios terrestres adquiere, de hecho, múltiples modalidades; sin embargo, desde un punto de vista geográfico, la vinculación más permanente que un Estado tiene con su territorio y a la vez a la más dinámica, queda refrendada a través de la población que éste tiene, tanto en lo referente a su densidad como en lo que respecta a su distribución.

Los países ribereños concurrentes a la comunidad océano pacífica muestran estados extremada-

mente disímiles en su ciclo demográfico, expresado en términos de densidad y crecimiento poblacional. En esta peligrosa asimetría actual y en su perspectiva de comportamiento futuro entre las distintas vertientes que conforman la cuenca del Pacífico radica, probablemente, uno de los problemas más agudos para la cristalización de la idea de una comunidad pacífica.

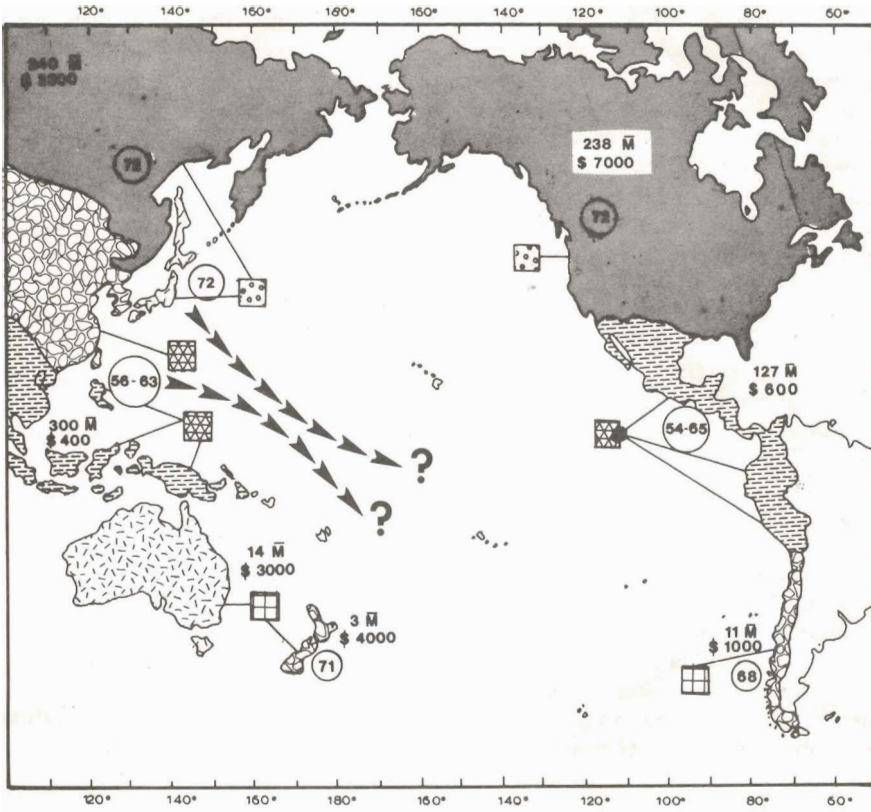
Desde esta perspectiva demográfica actual y potencial es necesario distinguir la existencia de una doble asimetría poblacional en nuestra área de estudios. La primera, un gradiente en sentido occidental-oriental y una segunda en sentido latitudinal, es decir, norte-sur.

En la vertiente oriental tropical marginal y subtropical del Pacífico septentrional se registran, a gran escala, las más altas densidades poblacionales del planeta. Esta característica se acentúa y adquiere su real potencialidad si se añade la cifra absoluta de población de esas regiones, correspondientes al sudeste asiático, donde habitan alrededor de mil doscientos a mil trescientos millones de personas. La situación se repite —si bien con una potencialidad infinitamente menor— en la vertiente tropical occidental, en la región centroamericana.

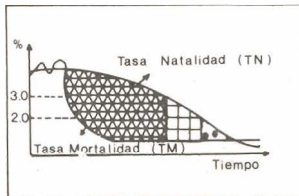
K. Haushofer sostenía, con razón, que el Pacífico es, considerando su posición latitudinal, el más tropical de los océanos del mundo, ya que el 52% de su superficie queda comprendida entre ambos trópicos. A esta afirmación habría que añadir que desde el punto de vista demográfico-poblacional no solamente actual, sino también potencial, este océano tiene un carácter esencial y prioritariamente tropical.

Paralelamente llama la atención la débil densidad poblacional de los sectores extratropicales de ambas vertientes, sin que medie una transición gradual con el mundo tropical-subtropical. Sin embargo, se hace necesario complementar esta visión demográfica más bien estática con otra que analice este proceso en forma dinámica, que incorpore una perspectiva del comportamiento futuro del problema. El achurado de líneas discontinuas horizontales en el mapa incluye las áreas en las que el porcentaje de la población menor a 15 años es superior al 40% dentro del contexto general de la población. Multiplicando este factor por el valor absoluto de la población y la expectativa de vida de ella, por un lado, así como considerando, por otra parte, las tasas de natalidad y mortalidad, es posible formarse una idea bastante ajustada de la potencialidad demográfica de la región pacífica intertropical.

El achurado en el que aparecen Chile, Nueva Zelanda y China simboliza un porcentaje de la población menor de 15 años que fluctúa entre el 30 y 40% dentro del total de la población. Sin



- 30-40% de la pobl. < a 15 años. 5-10% > a 65 años.
- 30-40% de la pobl. < a 15 años.
- > 40% de la pobl. < a 15 años.
- < 30% de la pobl. < a 15 años, 5-10% > a 65 años.
- TN > 3% ; TM < 1,5%
- TN < 3% ; TM < 1,5%
- TN < 2% ; TM < 1,5%



- 66 Expectativa de vida.
- \$ 350 Ingreso per capita en US \$
- 11 M Población Total

embargo, el diferente potencial demográfico de China en relación a los dos países restantes queda determinado por su cifra absoluta de habitantes y por diferente tasa de crecimiento.

Los Estados Unidos y la Unión Soviética, si bien tienen una cifra absoluta elevada de población, cuentan con un porcentaje de ella que oscila entre sólo el 5 y 10% mayor a 65 años. Ambos muestran, no obstante, una baja tasa de crecimiento. Estos dos países se caracterizan, por consiguiente, por un crecimiento demográfico leve y controlado, mientras Japón y Nueva Zelanda presentan una población estacionaria.

Si se considera adicionalmente el valor del ingreso per cápita de las diferentes regiones, encontraremos nuevamente que los ingresos más bajos corresponden, en términos relativos, al sector Pacífico tropical y la región Pacífico subtropical del hemisferio norte, en su vertiente oriental.

¿Pero qué conclusiones geográficas se pueden extraer de estos antecedentes?

F. Ratzel, el padre de la geografía política moderna, plantea una idea que subyace implícitamente en cada una de sus siete leyes del crecimiento espacial de los Estados. Postula que estos últimos presentan, en esencia, un comportamiento

o ciclo similar y equivalente al de un organismo viviente. Es el concepto de la geografía dinámica que sostiene, por así decirlo, que todo proceso geográfico debe ser analizado en una primera instancia en su anatomía descriptiva, para luego complementarlo con una fisiología del mismo. En este sentido se cumple, casi inevitablemente, una sucesión concatenada de etapas. El paso de una etapa a otra queda determinado tras haberse alcanzado el umbral crítico superior de la anterior.

En geografía política no cuenta solamente el espacio con su configuración, situación y dotación de recursos naturales, sino también la población que él contiene, aunque esta última puede llegar a ser, sin duda en gran medida, una función de lo anterior. En este sentido la vertiente oriental tropical y subtropical del Pacífico septentrional ha alcanzado el umbral superior crítico de saturación, adquiriendo las características y el nivel de la llamada "densidad dinámica", capaz de ejercer "presiones demográficas" en términos espaciales.

Siguiendo a Ratzel, frente a esta situación un Estado tiende indefectiblemente a una expansión territorial, a una ampliación de su "Lebensraum", su espacio vital. Evidentemente en los tiempos modernos este umbral superior crítico ha sufrido desplazamientos, aumentando el rango de tolerancia, a raíz de los diversos avances tecnológicos. Sin embargo, si bien es cierto este último aspecto ha logrado elevarlo, no implica que el problema se haya eliminado.

Buscar una solución espacial a esta presión demográfica es prácticamente imposible en la época actual, por lo menos en lo que respecta a términos continentales terrestres. No obstante, no es tan evidente que ello no sea probable en términos marítimos, especialmente en lo que guarda relación con el Océano Pacífico.

En el sudeste asiático (incluso en cierta medida en Japón) están dadas todas las condiciones que se requieren para desatar una emigración masiva de población: una alta densidad poblacional, una elevada tasa de crecimiento, un bajo ingreso per cápita, una expectativa de vida relativamente alta, una población total numerosa y de larga tradición marítima. Frente a estos pueblos se concreta la visión de una vertiente pacífica occidental débilmente poblada y con un nivel de vida, en términos relativos, decididamente superior. Como espacio por vencer o transitar se ofrece un amplio océano homogéneo, no controlado hasta la fecha por ninguna potencia, de características meteorológicas moderadas en estas latitudes tropicales y que prácticamente incita a ser cruzado.

De hecho, la humanidad ha sido testigo, en una u otra forma, ya sea directa o indirectamente, de estas verdaderas oleadas masivas de migrantes del sudeste asiático durante el último decenio. Varios

gobiernos del área se han visto reiteradamente obligados a recurrir a sus respectivas marinas de guerra para impedir e interceptar el desembarco generalizado de población en sus costas. Para calibrar esta observación en su justa potencialidad, es necesario tener en consideración —como se planteaba anteriormente— que son precisamente los pueblos del sudeste asiático prácticamente los únicos con vocación marítima definida, desarrollada a lo largo de milenios, entre todos los pueblos concurrentes a la comunidad pacífica. Las migraciones han sido históricamente siempre la respuesta no belicosa de los pueblos en su lucha por espacio vital.

¿Qué conclusión permiten estos planteamientos para Chile?

En términos de geografía política, probablemente sólo una. La apertura chilena al Océano Pacífico necesita indefectiblemente ir acompañada en forma paralela de una vigorosa política de poblamiento que le asegure un afianzamiento de su territorio nacional. En esta política debe ponerse especial énfasis tanto en lo referente al número de habitantes, como a la distribución de la población.

Chile y la Antártica

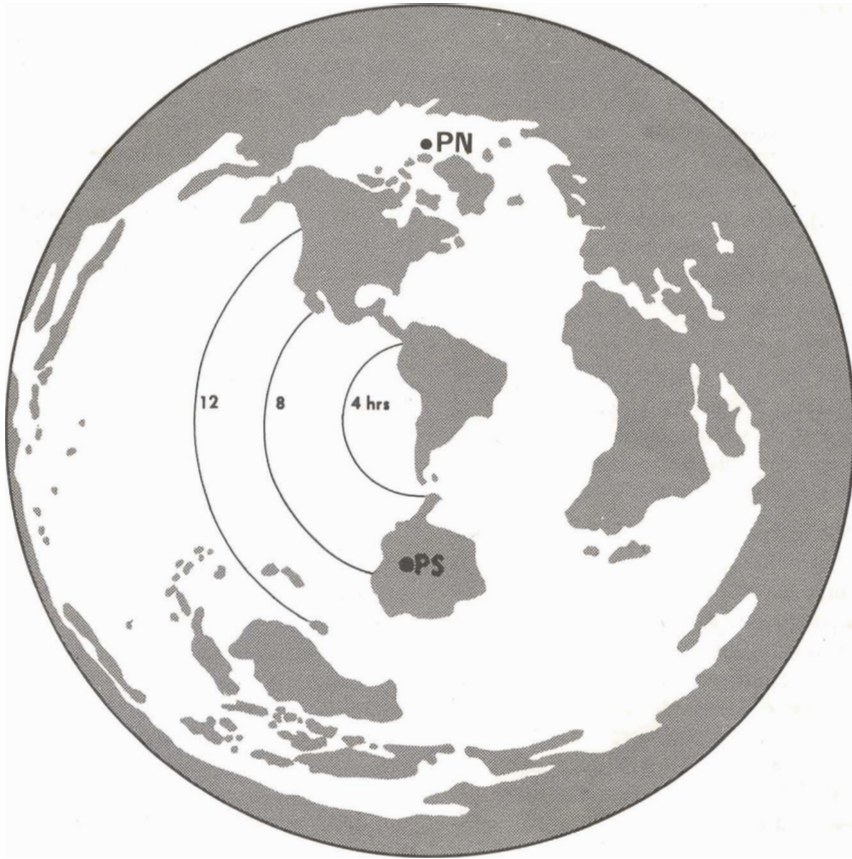
¿Sobre qué fundamentos geográfico-políticos puede apoyar Chile adicionalmente su soberanía antártica?

K. Haushofer sostiene que el Océano Pacífico tiene dos puntos estratégicos de penetración, el Canal de Panamá en la vertiente occidental y el estrecho de Malacca en la oriental. Obviamente se refería él, en aquella época, solamente a accesos marítimos.

Si bien es cierto que este postulado se mantiene en términos generales, el avance tecnológico ha determinado un tercer acceso estratégico a este océano que está representado por las dos rutas polares, tanto la del Polo Norte como la del Polo Sur. A diferencia de las anteriores, ellas tienen un carácter prioritario de accesos aéreos, aun cuando en el caso del Polo Sur le cabe, además, una importancia trascendental como acceso marítimo.

En el caso del hemisferio meridional este acceso corresponde al continente antártico, que adquiere, por esta circunstancia, un valor estratégico decisivo para el país.

Para poder poner de manifiesto esta ventaja estratégica es necesario considerar previamente el problema de las proyecciones cartográficas. Escuetamente se puede resumir de la siguiente manera: no es posible reproducir a un cuerpo que es una esfera —como lo es el globo terrestre— representándolo en forma plana. Esta es una condicionante teórica imposible de resolver. Por esta circunstan-



PROYECCION ACIMUTAL EQUIDISTANTE

(CENTRADA EN SANTIAGO DE CHILE)

cia es necesario tener permanentemente en consideración que toda proyección valora ciertos elementos en detrimento de otros.

La proyección acimutal equidistante oblicua que se acompaña es la modalidad de representación que más nos ayuda en nuestra demostración. Ella tiene la facultad de permitir medir distancias reales en forma radial, a partir del punto en que ella se ha centrado. En nuestro caso, la proyección está centrada en la ciudad de Santiago.

Las rutas aéreas transpacíficas pero polares acentúan la soberanía chilena antártica, en el sentido de que se incorpora esta porción del territorio nacional sin dar lugar a un costo adicional en tiempo de vuelo. Así, por ejemplo, la distancia transpacífica Santiago-Sydney, vía Isla de Pascua, Tahití, Wellington, es de alrededor de 16 mil kilómetros. La misma ruta con una supuesta navegación polar es de 13 mil kilómetros, es decir, alrededor de 20% más corta. Medida esta diferencia en términos más convencionales y usando para estos efectos, a modo de ejemplo, las posibilidades

de un avión Jumbo 747, nos encontramos con que esta diferencia se traduce en 3,3 horas de vuelo y en una economía cercana a los 50 mil litros de combustible. Toda esta reducción se explicita en toda su dimensión en tiempos de crisis energética, que aparenta transformarse en un flagelo permanente con el que la humanidad tendrá que acostumbrarse a vivir en ésta y en generaciones futuras.

¿Pero qué conclusiones geográficas se pueden desprender de estos antecedentes?

En términos de geografía política se conocen las distintas modalidades con que las diversas formas de transporte valoran el espacio geográfico. Así, una carretera valora infinitamente más los espacios laterales adyacentes a ella, si se compara con la valoración que ejerce por sus extremos. Por el contrario, la navegación aérea valora puntualmente, es decir, sólo los lugares en que este modo de transporte entra en contacto con la superficie terrestre.

Los aviones vencen distancias geográficas; sin embargo, no incorporan espacios. Un caso similar

sucede con el transporte marítimo, con su característica de valoración extrema, pero puntual de los puertos.

Desde la perspectiva de Chile esta situación proyecta dos grandes líneas de alternativas. Si admitimos la valoración puntual del transporte aéreo en aquellos lugares donde toca tierra, es lícito entonces para un país procurar que estos puntos queden insertos dentro de los límites de su territorio nacional. Este postulado se cumple de manera mucho más integral en el caso de usarse la ruta polar, si se le compara, por ejemplo, con una ruta transpacífica.

En el primer caso se obliga a que una parte sustancial del vuelo tenga un recorrido sobre el territorio nacional, a diferencia del camino transpacífico, en donde solamente Isla de Pascua capitaliza esta valoración puntual.

El mapa demuestra esta situación. Mientras la isócrona de cuatro horas de vuelo (supuesto una velocidad media de 900 km/h) pasa por Isla de Pascua, límite oeste de las posesiones de Chile en el Pacífico, esa misma línea sólo toca la Península Antártica. Es decir, alcanza apenas hasta la puerta de entrada del vasto territorio antártico chileno que se extiende desde allí hacia el sur. Incluso la isócrona de ocho horas de vuelo corre hacia el oeste por medio del Océano Pacífico, mientras que hacia el sur aún toca la Antártica.

Precisamente aquí radica una diferencia geográfica-física sustancial entre el hemisferio norte y el hemisferio meridional. Se dice que la asimetría en la distribución de tierras y mares en el planeta le confiere al hemisferio austral un carácter eminentemente oceánico. Sin embargo, es necesario matizar esa afirmación y distinguir tres grandes instancias del problema.

En la zona intertropical existe una simetría en la distribución de tierras y mares en ambos hemisferios. Es en las zonas extratropicales de la Tierra donde hallamos una marcada diferencia en el sentido que el hemisferio boreal es fundamentalmente continental en comparación con el hemisferio austral, definido por su impronta marítima. Sin embargo, las regiones polares de ambos hemisferios muestran también sustanciales diferencias. Mientras que en el Polo Norte no existe un continente propiamente tal, sino un Mar Artico permeable al tránsito marítimo, en el Polo Sur se ubica un casquete cerrado de hielo homogéneo de hasta tres mil metros de altura, y con superficie de 14 millones de kilómetros cuadrados. Es decir, la existencia de un Continente Antártico.

Por lo tanto, en el ámbito polar de la Tierra se advierte una fuerte asimetría, siendo esta vez el Polo Sur el que presenta un marcado acento

continental. Más del 90% de todas las superficies de hielo del planeta se concentran en el Continente Antártico. Esta situación compensa la poca penetración polar de los continentes en el hemisferio austral, que alcanza como máximo aproximadamente hasta los 57° latitud sur, latitud comparable a la de Copenhagen en el hemisferio norte.

Por consiguiente, el Territorio Antártico chileno —la puerta de acceso meridional del Océano Pacífico— representa, por su continentalidad, una plataforma donde es condición consolidar la presencia soberana de Chile, ya que, además de presentar enormes potenciales de recursos naturales, constituye un elemento favorable para la navegación, que se visualizan estarán en uso de aquí a fines de siglo.

Conclusión

Los puntos analizados permiten concluir la existencia de una auténtica Geografía Política Océano-Pacífico, con elementos que tienen una connotación propia esencialmente diferente a aquellos que rigen una Geografía Política Atlántica, Indica o Mediterránea y que es necesario explicitar desde el punto de vista geográfico chileno. De igual manera, la valoración del Continente Antártico permite prever un trastocamiento de las relaciones estratégicas de poder que no se limitarán exclusivamente al ámbito polar austral, sino amenazan afectar el equilibrio geográfico-político global actual.

Proyectarse hacia estas dos unidades —tarea que en la parte que le corresponde deberá asumir Chile— supone, entre otras consideraciones, una vitalidad consolidada del núcleo geohistórico constitutivo de Chile Continental.

BIBLIOGRAFIA

- ESCALONA, ALBERTO: *Geopolítica mundial y geoecología. Dinámica mundial, histórica y contemporánea*. Ediciones Ateneo S.A., México D.F. 1959.
- HAUSHOFER, KARL: *Geopolitik des Pazifischen Ozeans*. Kurt Vowinkel Verlag, Heidelberg-Berlin-Magdeburg, 1927.
- HAUSHOFER, KARL: *Weltmeere und Weltmächte*. Zeitgeschichte Verlag, Berlin, 1935.
- RATZEL, FRIEDRICH: *Anthropogeographie*. Grundzüge der Anwendung der Erdkunde auf die Geschichte. Stuttgart, 1882.
- RATZEL, FRIEDRICH: *Die Gesetze des räumlichen Wachstums der Staaten*. Geographische Zeitschrift, Wiesbaden, 1896.
- RIESCO, RICARDO: *La geografía del océano Pacífico como base de una relación especial*. En: *Ensayos sobre el Pacífico*. Editorial Universitaria, Santiago, 1980.